

La pobreza disminuye y el trabajo infantil aumenta

Por Jorge Melo Vega, gerente general de RESPONDE

Se estima que en el Perú hay más de 2.6 millones de niños trabajadores cuyas edades fluctúan entre 6 y 17 años. Aquellos que tienen la posibilidad de estudiar, reportan serios problemas de aprendizaje ya que no destinan las horas necesarias al estudio. También verán afectada su salud, su personalidad, su autoestima y presentarán serios trastornos psicológicos, sobre todo si se encuentran separados de sus padres. Tendrán, además, una vida más corta al haber desarrollado actividades de riesgo en sus primeros años, y habrán estado expuestos a un daño moral y social irreparable, por efectos de la prostitución, el alcohol, las drogas y las pandillas.

Esta es una corta descripción de un dramático problema social que viene incrementándose en los últimos años, sin tener ninguna justificación que se pueda asociar con las condiciones de pobreza del país, ya que la relación entre la reducción del porcentaje de hogares indigentes es inversa a la del incremento del trabajo infantil. Hace 15 años, el grupo de niños, niñas y adolescentes que trabajaba era de 8%, actualmente ese número se ha triplicado y alcanza el 27%. Precisamente en circunstancias en las que los niveles de pobreza del país se han reducido en los últimos años.

Calidad educativa

¿Por qué trabajan esos niños?, ¿Por qué sus padres no se esfuerzan por enviarlos a la escuela? Son algunas de las interrogantes que caen por su propio peso. Las respuestas pueden ser complejas, pero la contundencia de las cifras nos hace pensar que la principal razón de este drama radicaría en la pésima oferta educativa que no genera los incentivos necesarios para que los padres se comprometan a enviar a sus hijos al colegio y que prefieran que hagan ‘cosas más útiles’ en lugar de perder su tiempo. Luego, ya conocemos los resultados de las evaluaciones internacionales de nuestros estudiantes, su incapacidad para entender lo que leen y la pobre formación para desenvolverse en actividades laborales.

Los padres más reacios a comprometerse con la educación escolar de sus hijos son los del mundo rural y parece que buenas razones no les faltan: en el año 2006, de las 21,000 escuelas rurales existentes, unas 9,000 eran unidocentes, es decir, espacios de enseñanza que cuentan con un único profesor para dictar distintas materias a diferentes grados educativos, sin contar con los materiales esenciales. El resultado de esa oferta educativa es que, en dicho año, un 14% del total de estudiantes repitió de grado en primaria, frente a un 5% de repitencia que se presentó en las escuelas urbanas, cuya calidad tampoco es muy superior.

La irresponsabilidad del Estado y la de los maestros frente a esta situación no puede tolerarse. La violación de los derechos fundamentales de millones de niños a consecuencia de las reivindicaciones sindicales, de una pobre calificación profesional y de la ineficiencia en la gestión de las autoridades educativas, está afectando el espacio de la niñez y su futuro desarrollo como ciudadanos. También representa una condena para todo el país verse privado de una sociedad sana, preparada y competitiva. Esta degradación ya se empieza a reflejar, en cierto modo, en nuestros valores. Así, en el

último estudio realizado por la OIT y el Instituto de Opinión Pública de la Universidad Católica, el 34% de los peruanos transmitió altos niveles de tolerancia hacia el trabajo infantil. Ver a nuestros niños trabajando no les genera rechazo.

La responsabilidad social de las empresas obliga a que se comprometan con las políticas públicas orientadas a cambiar esta irresponsabilidad y a mejorar la educación para que los padres y niños se sientan gratificados. Las empresas deben sumarse a todos los procesos para que la sociedad se movilice y se reivindique a nuestra niñez. Los niños tienen derecho a gozar de su infancia.